

José Pablo Feinmann

Últimos días de la víctima





Seix Barral

José Pablo Feinmann
Últimos días de la víctima

PRIMERA PARTE
SIGUIENDO A KÜLPE

Era un hombre importante, soberbio, con negocios turbios y no pocos enemigos. Mendizábal, sin embargo, no necesitó su autorización para sentarse en la silla de terciopelo que había frente al escritorio. También él valía lo suyo —se dijo—, y nadie podía dejar de reconocerlo, ni siquiera el hombre importante. De modo que se sentó, y hasta cruzó las piernas.

Algo estaba claro: él, Mendizábal, no era como los otros. Es decir: como los otros que iban a ese escritorio y permanecían allí, de pie, tiesos y asustados, respetuosos hasta la humillación, esperando una orden como quien necesita permiso para, apenas, respirar. No: Mendizábal hablaba de igual a igual. No recibía órdenes sino que concertaba negocios. Y fue por eso —precisamente por eso— que el hombre importante dijo:

—Hay un trabajo para usted, Mendizábal —entrelazando sus dedos bajo el mentón lo dijo. Pausadamente, eligiendo las palabras.

Mendizábal no contestó en seguida, se tomó su tiempo. La frase que terminaba de escuchar le había gustado tanto, que no pudo sino admirar secretamente al hombre

que, desde el otro lado del escritorio, expectante pero sereno, acababa de pronunciarla.

Hay un trabajo para usted, había dicho, en lugar de *tengo un trabajo para usted*. La diferencia era enorme. A Mendizábal nadie le daba un trabajo: la realidad, secreta y pacientemente, los urdía para él.

—Está bien —contestó—. Me está sobrando el tiempo en estos días.

El hombre importante sonrió. Sin duda le había sonado pedante la respuesta de Mendizábal. Aunque no pareció afectarlo demasiado.

Sacó un cigarro largo y fino de una caja tallada en madera. No estaba solo. (En realidad, nunca lo estaba. Por lo de los negocios turbios y los enemigos, seguramente por eso). Detrás de su silla, de pie, con la mirada fija en algún impreciso lugar de la habitación, había un hombre alto y robusto. Llevaba una corbata roja y una camisa increíblemente amarilla. También —era imposible dejar de notarlo— algún objeto amenazante le abultaba el saco.

Hubo un silencio. El hombre importante encendió su cigarro y dijo:

—Vea, Mendizábal, no me parece mal que le esté sobrando el tiempo. Qué cosa. Siempre coincidimos usted y yo. Porque, tiempo, justamente eso, es lo que necesita este trabajo. Por eso le pertenece, Mendizábal. Para nosotros, cómo decirle, se trata de una cuestión preventiva. No sabemos si el peligro es inminente, pero sabemos que existe.

Mendizábal asintió con un blando movimiento de cabeza. Era agradable escucharlo hablar en plural al hom-

bre importante, saberlo apenas un elemento más de una inextricable red de poderes y subpoderes, quizá más cercana al vértigo que a la organicidad.

—Voy a demorar todo lo que sea necesario —contestó.

—Está bien —dijo el otro—. Pero que quede claro también esto: *no más de lo necesario*.

—No más de lo necesario —repitió Mendizábal, y sonrió.

El hombre importante le alargó un sobre.

—Para sus gastos —dijo—. También para sus placeres. Es la misma suma que le entregamos para el último trabajo, triplicada. Pienso que estaremos de acuerdo.

—De acuerdo —dijo Mendizábal—. Solamente una cosa: al terminar el trabajo, quiero otro sobre como este, con el mismo importe.

El hombre importante apagó su cigarro. Vaciló antes de contestar:

—Está bien. Nos gusta su modo de trabajar, Mendizábal, y veo que usted lo sabe. Nos gusta, digamos, su pulcritud. Y no nos importa pagarla por lo que vale.

Señalando al hombre de la camisa increíblemente amarilla, agregó:

—El amigo Peña va a ser su contacto. Puede confiar en él. Nada más, Mendizábal. Mucha suerte.

Hubo un apretón de manos. Después, el hombre llamado Peña indicó a Mendizábal que lo siguiera. Atravesaron un largo pasillo y entraron en una habitación mal iluminada, estrecha, cubierta por ficheros metálicos. El hombre llamado Peña extrajo una ficha copiosamente escrita a máquina. Dijo:

—Este es su hombre. Tiene que matarlo, nada más.

A Mendizábal le sorprendió el matiz despectivo de la frase. No lo esperaba de alguien capaz de ponerse una camisa semejante. Confundido aún, sepultó en uno de sus bolsillos la ficha que acababa de recibir y salió a la calle.

Afuera había árboles, pájaros y un sol implacable. Era verano. Mendizábal, bruscamente, recordó que estaba por cumplir cincuenta años.

Vivía en Saavedra, solo, en un escuálido pero prolijo chalcito de la calle Lugones. Era un hombre casi previsible, de conducta ordenada, amante de la música, la fotografía y las series de televisión. Solamente los sábados por la tarde —en el fondo de una casa de los suburbios donde habían vivido sus padres—, se entregaba a los artificios violentos de las armas de fuego. Solamente entonces.

Subió al pequeño altillo en el que había instalado su laboratorio fotográfico. Colocó sobre una mesa bien iluminada la ficha que le había entregado el hombre llamado Peña, y comenzó a leer.

Su hombre —es decir: aquel a quien tenía que matar— se llamaba Rodolfo Külpe. Un nombre extraño. Era argentino, como también sus padres y hasta sus abuelos. Tenía entre treinta y treinta y cinco años. Cabellos rubios. Era alto: un metro ochenta. Estaba viviendo solo, en un departamento de la calle Zapiola, entre Echeverría y Sucre, en el tercer piso, al frente. Sabía cosas, podía ser peligroso y había que matarlo. Eso era todo. Todo lo que le importó a Mendizábal, al menos.

Pegado al dorso de la ficha había un pequeño sobre con una foto adentro. Mendizábal la observó con fascina-

da atención. Era un rostro interesante el de Rodolfo Külpe. Esos cabellos (se sorprendió Mendizábal al pensarlo) debían brillar intensamente bajo el sol del mediodía. Los ojos le produjeron una especie de náusea o de vértigo. La boca, de labios delgados pero sensuales, se arqueaba en un gesto de leve soberbia.

Mendizábal rompió la foto en cinco pedazos, los apiló sobre el mármol de la piletta y los encendió con un fósforo que sostuvo en su mano hasta quemarse los dedos. Permaneció abstraído, fija en las llamas su mirada, como oficiando un rito secreto y condenado.

—No —dijo después en voz alta—. No.

Durmió una larga siesta, atravesada por sueños quizá premonitorios que olvidó con el primer café que tomó al despertar. Anochecía cuando volvió al altillo. Abrió de par en par la ventana, y observó —con minuciosa pasión— todos los fugaces destellos del crepúsculo. Después, ya saciado, sereno, fue en busca de Külpe.

Conocía las calles en que su víctima había instalado su —él lo sabía— última morada. Coincidencia o no, había vivido en ellas durante algunos años de su infancia. Ahora, estremecido por los recuerdos, las atravesó una a una: Washington, Martínez, Melián, Superí, Freire y, finalmente, Zapiola. Detuvo la marcha de su coche —un Renault 12— y descendió.

Quienes conocen este paraje del barrio de Belgrano, no ignoran que Zapiola, al cruzarse con Pampa, se vertebra en dos mitades, quedando una al oeste de las vías del ferrocarril, y al este la otra. Tampoco ignoran que hay allí un viejo residencial, un bazar de nombre *Europa* y muchos árboles de follaje intenso. Aunque, seguramente,

lo que menos ignoran es la imprevista soledad que invade esas calles durante la noche, el silencio quebrado por los grillos, las sombras espectrales de los altos árboles.

Allí, ahora, vivía Külpe.

No había luz en las ventanas que daban al balcón del tercer piso. Mendizábal encendió un cigarrillo, observó detenidamente el edificio y después fue a sentarse en uno de los bancos de la estación Belgrano R. Desde allí podía vigilar la cuadra entera. Decidió que no le importaría esperar y aceptó el riesgo de que lo vieran. Decidió también (y no habría podido explicar por qué) que esta vez, más que nunca, no iban a existir distancias entre él y su víctima. Mataría a Külpe de cerca, mirándole los ojos.

Pasó casi una hora —o quizá mucho más— sin que nadie apareciera. La noche era total, sofocante. Fumó varios cigarrillos. Después, un viejo calvo y seco atravesó la cuadra paseando su perro. Ya era cerca de medianoche. ¿En qué trabajaría Külpe? No lo había preguntado ni se lo habían dicho. Además, ¿qué importancia tenía? De Külpe, sólo necesitaba saber horarios. A qué hora salía, a qué hora almorzaba, a qué hora volvía. Sólo eso para saber a qué hora matarlo.

Apagó su cigarrillo. *Ahora sí.* Un hombre rubio, delgado y alto acababa de aparecer por la esquina. Era Külpe. Caminaba lentamente, con un leve movimiento pendular y los largos brazos flojos junto al cuerpo. Mendizábal sintió una intensa y extraña excitación. Se ubicó en la parte más oscura del banco y observó desde allí, agazapado. Külpe arrojó su cigarrillo y sacó un llavero de un bolsillo del saco. No miró atrás ni siquiera a un costado, nada. Parecía un hombre seguro, ajeno a toda posibilidad de pe-

ligro. Mendizábal, divertido casi, sonrió en silencio. Qué poca cosa saben los humanos de su destino. ¿Quién iba a decirle a Rodolfo Külpe, en ese sereno instante de esa serena noche, mientras abría la puerta de su casa y disfrutaba ya la cercanía del sueño, que acababa de cruzarse con la muerte? Una idea feroz acosó a Mendizábal: ¿ignoraría él también, hasta tal punto, su propio destino?

Las ventanas del tercer piso no tardaron en iluminarse. La sombra de Külpe, espigada y fantasmal, se recortó en ellas. Mendizábal encendió otro cigarrillo y permaneció allí hasta que las luces se apagaron. Eran casi las dos de la mañana. Estremecido aún pero agotado, regresó a su casa. Sólo pensaba en dormir.

A la mañana siguiente entró en acción.

Lo primero era resolver el problema de la distancia. Quería estar junto a Külpe, entregarse a esa fiesta excitante y secreta de conocer lo que él ignoraba, de observarlo, sentirlo vivir, y saberse a la vez dueño absoluto de su destino.

Intuyó que desde las habitaciones posteriores del residencial de la calle Zapiola sería posible observar los ventanales de Külpe, pues no recordó árboles ni nada semejante que perturbara la visión entre los dos edificios.

De modo que hacia allí fue.

La propietaria del residencial, una esmirriada dama inglesa de apellido Garland, no le solicitó mayores datos. Tampoco Mendizábal pensaba dárselos. Le dijo, apenas, que quería alquilar una de las habitaciones posteriores por un período no mayor de un mes. La señora Garland dijo que sí, y agregó que no había mucha gente en esa época del año (era febrero), pues hacía calor y todo el mundo estaba de vacaciones. Mendizábal comentó que, pese al calor, febrero era un excelente mes para estar en Buenos Aires: la ciudad quedaba solitaria y, en consecuencia, tranquila. Eso fue todo.

Subieron por una maciza escalera hasta el piso en que estaba la habitación (el segundo), Mendizábal colocó sobre la cama la valija que había llevado y la señora Garland se despidió con una sonrisa apenas insinuada. Una vez solo, Mendizábal, presuroso, abrió las ventanas de par en par. Allí, a poco más de cincuenta metros, estaba el departamento de Külpe. La visión era perfecta.

Cerró las persianas y las ventanas y corrió las cortinas. La habitación quedó apenas iluminada por la mortecina luz de un velador. Así le gustaba a Mendizábal. Siempre había aborrecido ese estallido irritante y despiadado que los demás llaman «luz natural». Abrió la valija y extrajo una pistola que, cuidadosamente, colocó sobre la cama. Era una Luger. Mendizábal, experto en armas, acostumbraba siempre a imaginarla en manos de algún joven e implacable oficial prusiano. ¿Cuántas vidas habría eliminado ya? ¿Cuántos quejidos, imprecaciones o súplicas inútiles habría escuchado? ¿Cuántos hombres solitarios, derrotados, en habitaciones estrechas y oscuras (quizá ese mismo oficial prusiano una vez terminada la guerra), habrían acabado sus días sintiendo en la sien su frialdad impiadosa?

Sin prisa, lustró y limpió el arma antes de guardarla en su funda. Con ella, mataría a Külpe. Había otros medios, es cierto. Incluso otras armas, más modernas y precisas. No lo ignoraba. En su casa de la calle Lugones atesoraba poderosos rifles de certeras miras telescópicas. Prefería, sin embargo, su vieja Luger. Y no porque desconociera las ventajas de las otras armas (esa aséptica lejanía ante el objetivo, esa plena sensación de infalibilidad), sino porque, conociéndolas, abominaba de ellas con total con-

vicción. No quería armas que mataran solas. No aceptaba que nada ni nadie le arrebatara la magnífica sensación de ser el artífice de las muertes que provocaba. Estaba, sí, dispuesto a admitir que no era el causante de los incontables hechos que habían sentenciado a las personas que se le indicaba matar. Pero en el final, exactamente allí, estaba él.